

Editorial

Yuri Carvajal Bañados¹
Juan Eduardo Sánchez²

Los meses de invierno tensan nuestra salud pública en una zona de alta complejidad: servicios de urgencia y camas críticas. Lo hemos vivido en estos días con apremiante inquietud. En tiempos de tanta premura, la calidad de los servicios puede ser amenazada.

También hemos vivido una crisis ambiental de agua, en una ciudad que parecía protegida por una dotación casi pura de ríos y lagos.

En ambos casos, las tensiones de situaciones inéditas, amenazan la calidad de los servicios de salud públicos. Pese a ello, sigue siendo un norte imprescindible e irrenunciable no sólo otorgar las prestaciones sino asegurar su calidad. Aunque ambos hechos revelan fragilidades que no podemos obviar.

El procuramiento de órganos y la cifra de transplantes son un indicador privilegiado de la calidad de nuestras acciones de salud, en la interfase inseparable entre lo colectivo y lo individual. Dependen de una organización integrada, dialogante, animada y exacta. De un sustento científico-técnico de vanguardia. De motivaciones solidarias y generosas. De formas de convivencia dentro de los hospitales amables, acogedora, sensibles. Y por supuesto de una atmósfera valórica que sobrepase las fronteras de los establecimientos y de la salud pública.

El esfuerzo que actualmente realiza el país en procuramiento es notable. Una red integrada, público privada, que promueve la evaluación permanente de pacientes que, gravemente enfermos, tocan las puertas de un sistema sanitario diverso, requirentes de una medicina avanzada y tecnificada, demandante de atención neurocrítica en la intención de estabilizar y recuperar lesiones complejas y torcer adversos pronósticos.

Es cierto, la medicina al igual que otras disciplinas no está obligada a lo imposible; cuando el

sombrío pronóstico se hace carne, cuando el trabajo dedicado de los equipos de salud no logra revertir “le coma de passé” acuñado por Mollaret y Gulon¹ pese a haber hecho todo cuanto era posible, aparece la obligación de pensar en quiénes, si bien no hacen parte de nuestra atención directa, esperan una alternativa terapéutica relacionada con una acción médica que hace confluir el mejor interés de aquellas personas que por propia decisión, o subrogados por sus seres queridos y próximos, adquieren la condición de donantes de órganos y tejidos y de quiénes engruesan listas de espera cada vez más abultadas. Esta acción esencialmente humana y clínica, redundante en el respeto por las decisiones de personas que en situación de fin de vida, nos interpelan; más allá de su gravedad y/o condición de muerte por criterio neurológico, a respetar voluntades anticipadas con sentido solidario y altruismo a toda prueba.

Cuando las debilidades de nuestros sistemas de salud son traccionadas por la cruda realidad, no sirven las declaraciones ruidosas ni mucho menos el periodismo televisivo que borra de una plumada la protección de las identidades de receptores y donantes, pilar básico de un sistema altruista.

Es más sano reconocer las deudas que tenemos, los desarrollos pendientes, y asumir los tiempos que requieren nuestras planificaciones para volverse vida.

Servicios de urgencia, agua, procura son tres expresiones de que la dinámica erosiva iniciada en los 80 y sostenida desde allí, contra nuestro sistema de salud y de formación de profesionales, requiere un cambio de rumbo. Aún podemos palpar el valor y sentido de lo que hacemos.

Pero tampoco podemos vivir a largo plazo sin fortalecer el rol público, sin producir transformaciones solidarias tanto en el financiamiento de las acciones como en el de la formación de profesionales.

1 Director Editor

2 Jefe Nacional Programa Transplantes